

pital, era nada en comparacion de la que me causaba mi rebaño: llamábanme su padre, y la piedad se acrecentaba visiblemente entre ellos. Llegó hasta el colmo.

Habia tomado mis disposiciones para que redundasen en provecho de ellos los grandes trabajos que ejecutaba. Los empleé con todos, bajo la direccion de algunos obreros cristianos, cuidadosamente escogidos, y cuya mayor parte se establecieron en el lugar. Sus casas, que habéis visto en la plaza de la iglesia, forman un cuartel enteramente nuevo. Reconstruyéronse y saneáronse un gran número de habitaciones. Tuve bastante ascendiente para vencer inveteradas rutinas. Se mejoró la agricultura, se cultivaron terrenos antes improductivos. Se convirtió en excelente prado un pestilente pantano, se duplicó el número de los ganados, y esa fecunda riqueza me ha permitido establecer aquí como veterinario á un pobre jóven del país, que en mis correrías habia encontrado enfermo y muerto de hambre á pesar de su talento. Ha hecho fortuna, y es hoy uno de los principales de la parroquia y mi mejor catequista.

Necesitábase un vicario para suplir al cura en sus largas y frecuentes ausencias, y alcancé de mi santo obispo un jóven lleno de celo y de caridad, quien echó los cimientos de una verdadera escuela, donde aprendieron los niños á conocer á Dios. Habia pasado ya el tiempo de contrarestarnos. El maestro y los inspectores del Gobierno desmayaron: mi vicario estaba perfectamente autorizado. El maestro se marchó

y tuvimos dos Hermanos pagados por el comun. Logré que se interesasen en mis obras en la cabeza del partido y en París algunos poderosos personajes, de quienes obtuve algunos favores que produjeron aquí un bien muy grande. Por ejemplo, mis obreros, que estaban asociados, pudieron ser adjudicatarios de un puente que el departamento ha hecho construir sobre el rio. Despues de la comodidad que presta, este puente ha contribuido á enriquecer la comarca por medio de un camino que la enlaza con la carretera, y que le permite explotar con ventaja las nuevas industrias creadas por la necesidad de nuestras construcciones. Eramos únicamente agricultores; ahora somos tejeros, caleros, yeseros. Creo que serémos cuanto antes fabricantes de seda, pues hemos plantado por todos lados moreras que crecen perfectamente...

Aquí interrumpí al cura.

—¿No temeis, le dije, ser al fin demasiado ricos y que tal riqueza no traiga las malas costumbres?

—No, respondió, todo esto no cria fortuna. Casi todo se realiza por pequeñas asociaciones, cuyo principal, y por decirlo así, único capital, es la providad cristiana. Son mas bien cofradías que asociaciones, en que cada uno gana un poco. Se emplea á los pobres y se reserva una parte para los impedidos; la caridad hace lo restante. El gran propietario es el hospital que, conforme se comprende, no se sostendria sin la abnegacion de las Hermanas.

Hé aquí el resultado mas grande y mas general que hemos conseguido: se ha combatido poderosamente la avaricia, pecado dominante del pais, y á medida que ha disminuido la avaricia, ha cobrado mayor fuerza el espíritu de familia. No era raro encontrar hombres cuya avaricia dominaba su corazon de tal suerte, que dejaban morir literalmente de hambre á sus padres enfermos, y se negaban á los mas sencillos y estrictos deberes para con sus hijos. De ello hemos visto terribles, increíbles ejemplos. La avaricia produce aquí, y produce aún en muchos de los pueblos cercanos, costumbres realmente bárbaras que parecen ser de otro pueblo y de otro tiempo. La avaricia es el único Dios de esas desgraciadas comarcas, y á ella se sacrifican, como á todos los dioses falsos, víctimas humanas. En defecto del odio que se me tenia, habria bastado tal vez la avaricia para hacer que muchos de estos habitantes y los mas ricos rechazasen al pobre viajero que les hubiese pedido inútilmente la hospitalidad. He conocido á un viejo septuagenario y paralítico á quien sus hijos, acomodados cultivadores, no daban para su alimento mas que los restos miserables de su comida. A otros he visto espirar por falta de un medicamento de valor de dos ó tres francos. ¡En consejo de familia se habia acordado que su vida no valia tanto! Lo que se hacia con los ancianos, hacíase tambien con los niños. La mayor parte no aprendían á leer, para ahorrarse los gastos de la escuela; no habia primera Comunion, por no comprar vestidos adecuados; no se cuidaban las enfermedades, por no llamar al médico. No podríais imaginaros los

estragos que hacia este monstruoso vicio: disolvía absolutamente la familia. En todas las casas todo individuo improductivo, niño, viejo, ó enfermo, era aborrecido y tratado con una dureza de la que no se consolaban sino aborreciendo á su vez. *A padre avaro, hijo pródigo.* Los jóvenes, sujetados con un yugo de hierro, y no habiendo jamás oído una palabra ni visto una muestra de ternura, vendían á feroces usureros la esperanza de su herencia, para gastarla en groseros excesos; despues, dominados por el vicio reinante, y pasando de la prodigalidad á la avaricia, se entregaban, como sus padres, contra estos y contra sus hijos, á la sórdida pasion del ahorro, que los embrutecía hasta conducirlos al crimen. ¡Cuántas veces, considerando sus faltas y los males que les ocasionaban, he reconocido á los pecadores de que habla la Escritura, que *arman asechanzas contra su propia sangre, y se ocultan en emboscada para perder sus piopias almas!*

Reinaba por todas partes el odio, de vecino á vecino, de marido á mujer, de padre á hijo. Cuando dejé de ser un objeto de horror para los feligreses y pude al fin conversar con todos, me consternaron sus divisiones, sus rencores, mas aún que su profunda ignorancia. Preguntábame á mí mismo si seria nunca posible conducirlos á la práctica de la santa caridad. ¡Ah! Dios todo lo puede! Para mí la creacion del mundo no es una prueba mas evidente que los cambios obrados en estas almas. Desde que hubieron consentido en venir á la iglesia á oír mis instrucciones y recibir los avisos que iba á darles en sus casas,

todo fué fácil. Cesaron las supersticiones; los espíritus fuertes, dejándose vencer en muchos encuentros ó por mis razonamientos ó por los de mis obreros, perdieron todo su prestigio. En cuanto á la avaricia, la empleamos para vencer á los avaros. Hicimosles comprender que calculaban mal, y que gastando mas, mas ganarian. Por el carácter el vicario y yo éramos eclesiásticos; fuera de ésto, éramos profesores de economía política, físicos, astrónomos, etc., etc. El director de los trabajos, hombre de fé y de inteligencia, uno de los mas preciosos dones que he recibido de Dios, se hizo banquero á fin de matar la usura. Por medio de una operacion muy sencilla sobre los terrenos comprados para el hospital, pudo desempeñar la mayor parte de las tierras, permitiendo á los deudores el librarlas por medio de provisiones ó de trabajos; y todo el mundo salió ganancioso, salvo empero los detestables usureros, cuyas quejas no fueron oidas.

Finalmente, mi caro amigo, el pais está desconocido, y nuestro progreso se extiende de dia en dia. Sí, cada dia algun adversario recalcitran- te, algun antiguo enemigo rinde las armas. Ceden al bien que la Religion les hace, y dan verdaderos ejemplos de generosidad. Uno de los usureros, antes de morir, ha restituido á sus víctimas la mitad de su riqueza mal adquirida, dejando el resto á los pobres en un testamento publicado por su voluntad, para mayor gloria de Dios. Casi no quedan ya enemigos por reconciliar. Ya no abrevian con malos tratamientos la vida de los ancianos; son asistidos los pobres; todos creen en

Dios. Osténtase en cada casa, rica ó pobre, en lugar preferente, alguna piadosa imagen adornada con el ramo de la *Pascua florida*. El domingo se llena la iglesia dos veces, en la misa y por la tarde. Cuando el párroco sube al púlpito, nadie sale del lugar santo. Algunos tercios que se quedan á la puerta, pagan ya su puesto delante del altar, y un dia vendrán á ocuparlo; porque actualmente el respeto humano exige que cada familia tenga su banco en la iglesia. Nadie se mueve sin haber antes recibido los Sacramentos.

La generacion que crece, será mejor todavía. Tenemos dos escuelas, una de Hermanos y otra de Hermanas, y no hay niño ó niña que deje de concurrir puntualmente. Si un padre de familia rehusase enviar sus hijos á la escuela, seria *señalado con el dedo*, como aquí se dice, y llamado *mal padre*; palabra que, sea dicho de paso, no tenia significacion en otro tiempo, y que sin embargo seria comprendida en toda su fuerza por todo el mundo. Entre los niños, no hallaríais uno de edad de razon, que no supiese decirlo que representa cada uno de los cuadros de la iglesia, y los mas pequeños recitan los mandamientos de la ley de Dios. Cuando pasa un mendigo, veo á menudo que esos queridos niños le hacen limosna, recomendándose á sus oraciones. Este año han entrado en el seminario tres de nuestros jóvenes; son los primeros desde hace sesenta años; pero otros les seguirán. Vereis el hospital; está servido por una pequeña congregacion formada aquí mismo, que se reclutó en el pueblo ó sus contornos, y que se ha propagado ya á muchos puntos

de la diócesis. Estas buenas jóvenes se dedican á toda clase de obras de caridad; vigilan á las criaturitas en la cuna, cuidan á los enfermos, amortajan á los muertos y oran por los vivos, imitando á la vez á Marta y á Maria. Su casa es demasiado pequeña para el número de los que solicitan su ingreso. ¡Gran Dios! ¡quién me hubiera dicho que habia de ver estas cosas! ¡Y era yo bastante vil para quejarme de los sacrificios que habian de ser su precio! . . .

El párroco cayó. Le apreté las manos, y despues de haber pasado una consoladora mirada por el humilde cuarto de Edmunda, fuimos á visitar las escuelas y el hospital. Aunque interesantes los detalles de aquella visita, alargarian demasiado mi relacion, y así los omitiré. Nada añadieron á mi afecto hácia el venerable Cura, pero me lo hicieron admirar mas. Su previsora caridad parecia haber traspasado los límites de lo posible; él era el único que no estaba satisfecho. Trataba de extender sus conquistas, y me desarrolló sus planes de batalla contra las parroquias vecinas. Quería que su hospital fuese un centro donde fuesen acogidos los impedidos y los enfermos diez leguas á la redonda.

— Sí, sí, decía, yo quitaré á mis vecinos todos sus pretendidos inválidos y les daré en su lugar religiosos que les enseñarán á no despreciar tales tesoros. Están dispuestos á ello mas de lo que piensan. Por la parte en que me habeis encontrado esta mañana, se me aborrece todavía; mas por la otra parte, tengo ya mis amigos. Es

menester que se me ame por todos lados, á fin de que amen á Aquel que me envia. . . . A propósito, no vayais á decir aquí que se me han arrojado piedras: algunos de nuestros jóvenes no dejarían de ir el domingo á pelearse con ellos.

El dia adelantaba, y pedí al buen Cura que me llevase al cementerio, pues queria partir con su permiso al dia siguiente despues de la misa.

— Sí, me dijo, id á orar sobre la tumba de mis hijos. Id á dar gracias á Dios por haber herido mi corazon, como el trillo da contra la espiga, para hacer salir el grano que debe alimentar al mundo.

Las dos tumbas estaban cercanas una de otra; nada las distinguia de las demás; una humilde cruz, sin fecha, sin nombre, se elevaba en cada una de ellas. La caridad del Cura habia querido no dejar en la tierra otro lugar que su corazon para aquellos dulces recuerdos.

FIN.